

para esperar viento favorable con que proseguir el viaje. Durante su larga permanencia en la residencia de la Compañía de Jesús, que existía en Macao desde 1565, Valignani se informó muy en particular del gran imperio asiático, tan poco conocido del Occidente. Tratando con mercaderes portugueses y con los chinos que iban a Macao, vió cada vez más claramente qué conquistas podía hacer allí el cristianismo, y también qué dificultades se oponían a semejante empresa. Con todo ningún obstáculo podía arredrar a su celo apostólico. Su prudente y penetrativa inteligencia conoció que los misioneros cristianos debían estar apercebidos de otra suerte que hasta entonces, si habían de alcanzarse grandes éxitos. Ante todo los misioneros ya no debían verse obligados, como hasta entonces, a servirse de intérpretes, las más de las veces muy inseguros, y junto con el conocimiento de la lengua china, pareció indispensablemente necesario, que en cuanto fuese posible se acomodasen a las costumbres y usos del pueblo entre el que querían trabajar (1).

A fin de que se preparase metódicamente para la misión de la China, llamó Valignani a Miguel Ruggeri, venido a la India en 1578, el cual había aprendido con gran facilidad la difícil lengua de los habitantes de la costa de la Pesquería. Cuando éste llegó a Macao en junio de 1579, halló una extensa instrucción dejada por Valignani, que se había ya encaminado al Japón, sobre cómo se debía preparar para su espinosa incumbencia. Ruggeri se puso a la obra con ardor y compuso ante todo un catecismo chino (2); pero hubo de luchar por espacio de tres años hasta que logró establecerse en la China.

El 9 de marzo de 1582 Valignani había ido de nuevo a Macao con la embajada de los príncipes cristianos del sur del Japón que se enviaba a Roma (3). Según una tradición solía allí con frecuencia estar en pie junto a la ventana de su casa para mirar a la otra parte del mar, suspirando por la tierra a la que era su mayor deseo procurar los beneficios del cristianismo. En la ciudad misma reunió a los chinos pobres que trabajaban aquí como esclavos, en una

(1) Brucker, loco cit., 193 s.

(2) Este trabajo publicado en 1584, fué el primer libro impreso por un europeo en lengua china; cf. Bártoli, Cina, I, 1, y la carta de Ricci, de 24 de noviembre de 1585, en Civ. catt., 1902, I, 220.

(3) Cf. arriba, p. 351.

congregación del nombre de Jesús. Para promover la misión propiamente dicha llamó a Mateo Ricci, que llegó el 9 de agosto de 1582, al hombre que debía lograr lo hasta entonces imposible. En septiembre de 1583 Ricci con su fiel compañero Miguel Ruggeri fué a Chao-king, en la provincia de Kwangtung, y procedió con grandísima prudencia y cautela. Declaró al gobernador, que atraído por la buena fama del gobierno chino había venido de remotas tierras a este país sólo para servir a Dios, Señor del cielo, en una casita y una pequeña iglesia; que él y su compañero vivirían de limosna; que le pedían permiso para poder morar en la ciudad. La modesta petición fué otorgada.

Mateo Ricci (1), a quien la Providencia había destinado para ejecutar la obra anhelada por San Francisco Javier, nació en 1552 en Macerata en la Marca de Ancona. Procedía de una familia ilustre. Educado en el colegio de los jesuitas de su ciudad natal, estudió en Roma primero jurisprudencia, pero luego en 1571 entró en la Compañía de Jesús, donde Fabio de Fabi fué su maestro de novicios. No mucho menos que a este esclarecido varón, debió a otro de sus maestros, el célebre Cristóbal Clavio. Este le enseñó los conocimientos de matemáticas y astronomía, que junto con su

(1) Además de las antiguas biografías de d'Orléans (París, 1854), Ch. Sainte-Foi (París, 1859), Werfer (2.ª edición, Ratisbona 1870), cf. la excelente exposición de Brucker en los *Etudes*, CXXIV (1910), 197 s. Quien ha prestado los mayores servicios al enaltecimiento de la memoria de Ricci, ha sido Tacchi-Venturi, quien por encargo de la Junta italiana para la celebración del tercer centenario de la muerte del «apóstol y geógrafo de China» ha emprendido la edición de los escritos históricos de Ricci: *Opere storiche di M. Ricci... Con prolegomeni, note e tavole*. Vol. I: *I Commentarii della Cina*; II: *Le lettere dalla Cina*, Macerata, 1911-1913. Sobre el valor de las cartas, en que las cualidades heroicas de Ricci están mejor expresadas que en los comentarios, cf. *Civ. catt.*, 1914, IV, 215 s., y la hermosa disertación de A. Luzio: *Le opere storiche del P. Ricci*, dada a luz en la revista *La Lettura*, XV (1915), 209 s., en la cual se alaba la publicación de Tacchi como un *Monumentum aere perennius*. Fuera de eso, cf. L. Nocentini, *Il primo Sinologo*, en los *Atti del IV Congresso internaz. degli. Orient.*, II, Firenze, 1881, 273 ss.; Caracci, *Il P. M. Ricci e la sua opera geograf.*, en la *Riv. geogr. Ital.*, XXV y XXVI (1918 y 1919); Ricci-Riccardi, *Il p. M. Ricci (1578-1619)*, Firenze, 1910; Vacca en la *Nuova Antologia*, 1910, septiembre. Richthofen (*China*, I, Berlín, 1877, 654) designa a Ricci como una de las más eminentes lumbreras en la historia de las misiones orientales. Se la *Compagnia di Gesù*, dice Luzio (loco cit., 217), *annoverà il P. Ricci fra le figure più immacolate delle sue missioni, la civiltà e la scienza devono in esso additare una delle creature sovrane che le hanno più nobilmente propagate con le virtù dell'ingegno e del carattere, con l'idealità degli intenti, con l'eroismo dei sacrifici*.

eminente facilidad para los idiomas (1) le habían de prestar los mayores servicios entre los chinos deseosos de aprender.

Ricci y su compañero tomaron por morada en Chao-king una casita bien situada, cuya sala de en medio servía de capilla. Pronto llamaron la atención por su vida regular y laboriosa, la cual estaba en oposición de una manera agradable con la conducta de los bonzos. Muy hábilmente supieron acomodarse a las peculiares costumbres del país. Penetrando más hondo en el carácter de los chinos, descubrieron su inclinación dirigida principalmente a lo práctico y útil. Tomando pie de aquí comenzó Ricci a explicar con todo agasajo las cosas notables que guardaba en su casa: artificiosos relojes, hermosas imágenes, libros magníficamente encuadrados sobre cosmografía, geografía y arquitectura, globos terrestres y celestes, instrumentos astronómicos y matemáticos, mapas geográficos y cartas de marear. Los doctos mandarines quedaban pasmados cuando los misioneros les mostraban y explicaban estos productos de la civilización occidental. En lo cual fué muy útil al P. Ricci especialmente la habilidad con que sabía vestir los conceptos extranjeros de una forma fácilmente comprensible a los chinos, arte en que pocos europeos le han igualado (2).

La mayor admiración causó el P. Ricci con un mapa de la China, del cual hizo en 1584 una edición china por deseo del virrey (3). Éste hizo multiplicar la obra, que sobrepujaba mucho a todos los trabajos de este género compuestos por los indígenas, y la envió a sus amigos. Explicando la larga distancia de su patria, pudo Ricci disipar el temor de los chinos de que se intentase la conquista de su país. El crédito de que gozaba en medida creciente, facilitando conocimientos geográficos, astronómicos y matemáticos, lo aprovechó para conducir gradualmente a sus oyentes ávidos de aprender, de las ciencias profanas al conocimiento de la moral y religión cristiana. También en esto puso manos a la obra despa-

(1) V. Dahlmann, *Lingüística*, 27; Baumgartner, *Literatura universal*, II, 511.

(2) Cf. el juicio de Wylic, *Notes on Chinese Literature*, Shanghai, 1867, 138.

(3) Ricci da cuenta por menudo de esta publicación en sus cartas a Aquaviva de 30 de noviembre de 1584 y 20 de octubre de 1585, así como en su *Commentarii*, ed. Tacchi-Venturi, II, c. V, 32. Hay una copia de este mapa en la revista *Razón y Fe*, IV (1902), 464.

cio y con discreción, comenzando por las verdades fundamentales y los diez mandamientos. A fines de 1584 editó con la ayuda de un docto un pequeño catecismo (1). A pesar de esto, no se convirtió al principio ninguno de los sabios chinos, sino sólo un enfermo pobre e incurable que había sido desamparado de todo el mundo. El primer bautismo público se administró el 24 de noviembre de 1584 a dos chinos, de los que el uno había enseñado el chino a los misioneros. El suelo se mostraba en general muy pedregoso; el número de los ganados para el cristianismo subió en 1585 sólo a veinte, y en los cuatro años siguientes no pasó de sesenta (2). En la lentitud del progreso vió Ricci la voluntad de la divina Providencia de que la obra de cristianizar la China tuviese origen de pequeños principios, para irse después desenvolviendo más y más (3).

Con exacto conocimiento de cuánto importaba para el bien de las misiones tanto de la China como del Japón un proceder armónico y uniforme, en 1585 Gregorio XIII prohibió a todos los otros religiosos, que entrasen en estos países, so pena de excomunió (4).

III

En el antiguo país maravilloso de la *India* la actividad de los misioneros tuvo que luchar continuamente con grandes dificultades. La posición de los mensajeros de la fe cristiana respecto del brahmanismo con su sistema inflexible de castas, y respecto del islam, era aquí tanto más espinosa, cuanto que se presentaban acompañando a una potencia conquistadora extranjera, los portugueses, cuya codicia e inmoralidad ya en tiempo de San Francisco Javier dió grave escándalo a los indígenas (5). Otro inconveniente consistía en que para el Asia oriental no se erigieron varias sedes metropolitanas como en la América española. Como primer obispado colonial portugués se había fundado Funchal en la isla de la Madera por León X en 1514, y concedido al rey don Manuel el

(1) Tacchi-Venturi ha descubierto una traducción latina de este catecismo y la ha publicado en la *Opere de Ricci*, II, Apéndice.

(2) V. Tacchi-Venturi en la *Civ. catt.*, 1910, II, 397.

(3) V. Brucker, loco cit., 207. Cf. Bauer en el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, III^o, 151.

(4) V. *Synopsis*, 133 s., 139. Cf. Delplace, II, 16 s.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XIII.

Afortunado el derecho de patronato (1). Funchal, cuya inmensa diócesis se extendía desde la isla de la Madera hasta la Indochina, fué elevada en 1534 a sede metropolitana y primada; a la corona de Portugal, que tomó a su cargo la completa dotación de la nueva arquidiócesis, se le otorgó el derecho de patronato. Obispos sufragáneos para Goa y el Indostán se erigieron en las islas Azores San Miguel, en las de Cabo Verde Santiago y en Santo Tomé en el ecuador (2).

La penetración ulterior de la potencia portuguesa y del cristianismo en la India condujo en tiempo de Paulo III a un adelanto en la organización jerárquica: Funchal demasiado alejada de las colonias dejó de ser sede metropolitana y con sus obispos sufragáneos se sometió a la sede arzobispal de Lisboa. Goa, indiscutible emporio del Oriente y como asiento del virrey la segunda capital del imperio portugués, fué elevada por Paulo IV en 1558 a sede metropolitana de las misiones situadas más allá del Cabo de Buena Esperanza, con los obispos sufragáneos de Cochín y Malaca, y el derecho de patronato de la corona portuguesa se extendió a ella. Los obispos del Occidente africano y la diócesis nuevamente creada del Brasil subordinólos el Papa a la Sede arzobispal de Lisboa (3). La erección de una sede metropolitana para un tan grande y remoto territorio fué una falta que se agravó todavía por la dependencia en que estaban los arzobispos de Goa del gobierno portugués. Estos obtuvieron una peligrosa posición excepcional; su arbitrariedad se mostró ya pronto en que tomaron para sí el título de primados del Oriente (4).

En interés de las misiones de la China y el Japón, Gregorio XIII por bula de 23 de enero de 1576 separó estos países junto con las islas adyacentes, de Malaca, y erigió para ellos un nuevo obispado en Macao, que fué subordinado a la metrópoli de Goa (5). Dictóse esta ordenación por impulso del rey don Sebastián, el cual adquirió los mayores méritos con el envío de misioneros jesuitas al Asia oriental.

El centro de la provincia monástica de las Indias orientales,

(1) V. Jann, 69 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. X y Jann, 79 s.

(3) V. las excelentes explicaciones de Jann, 108 s., 110 s., 114 s.

(4) V. *ibid.*, 110 s.

(5) V. Bull. patr. Portug., I, 243 s.; Corpo dipl. Portug., X, 498 s.; Jann, 124; Streit, I, 347.

establecida por los jesuitas cuya actividad fomentó Gregorio XIII con numerosos privilegios (1), formáballo su colegio de Goa fundado por San Francisco Javier, con el cual estaba unido un seminario para niños indos. En la iglesia del colegio de los jesuitas, donde el obispo de Malaca, dominico, celebró en 1572 la primera misa, se efectuaban de ordinario los bautismos solemnes de los catecúmenos, para los cuales había una casa especial ya desde 1555. En 1581 los jesuitas edificaron también una casa profesa en Goa, y poco después todavía un noviciado. Desde la casa profesa se atendía al bien espiritual de la ciudad por medio de los ministerios con los prójimos. Los novicios se probaban en unión con los antiguos misioneros de la India, los franciscanos y dominicos, especialmente en el cuidado de los enfermos. Las Ordenes alternaban por meses en el cuidado del hospital real; con todo los jesuitas parecen haberse mostrado los más aptos, pues en 1579 se puso únicamente en sus manos toda la dirección. Las filas de los Padres aclaradas por el abnegado servicio durante las frecuentes epidemias, habían sido completadas en 1574 a la venida del nuevo visitador Alejandro Valignani por cuarenta y cuatro nuevos hermanos de religión, entre ellos veintiséis sacerdotes (2).

A la vuelta de su visita de las misiones situadas al norte — las del sur las visitó el nuevo provincial Rodrigo Vicente, — el incansable Valignani celebró en Goa una congregación provincial a la que asistieron quince jesuitas, entre ellos el provincial y los rectores de los colegios de Goa, Bassein y Salsete. Después de detenidas deliberaciones se abandonó el plan de dividir la provincia de las Indias Orientales en dos mitades, una del lado de acá y otra del lado de allá del Ganges; pero en lugar de esto se nombró un viceprovincial para la región de la otra parte del Ganges. Fué de grande importancia el acuerdo de erigir seminarios para el estudio de los idiomas de la India. Tocante a la cuestión de si se debía proponer que sólo se enviasen a la India jesuitas portuguesas, se convino en hacer la petición de que se mandasen todos los miembros de la Compañía posibles, y aun de otras provincias de Europa (3). Fuera de Goa, el punto más importante era el colegio

(1) V. Streit, I, 506 s.

(2) V. Müllbaur, 84 s., 89. Cf. ahora también D'Sá, *History of the Catholic Church in India*, I, Bombay, 1910.

(3) V. Sacchini, IV, 92 s.; Müllbaur, 89 s.

de jesuitas de Cochín, donde, por lo demás, trabajaban también los dominicos ya desde 1549 (1).

Hasta ahora la actividad de la misión cristiana se había limitado casi únicamente a las costas de la India. En 1579 se ofreció de un modo enteramente inesperado una ocasión para abrir al Evangelio el interior del país; procedió del gran mogol Akbar, cuyo imperio se extendía por todo el norte del Indostán y en el sur hasta la meseta del Decán. Este monarca dotado de grandes prendas, tan enérgico como deseoso de saber, manifestaba extraordinario interés, no sólo por todas las cuestiones políticas, sino también por las religiosas. Testigo de ello es todavía hoy el pórtico magníficamente decorado que hizo construir en su residencia de Fatihpur Sikri, situada no lejos de Agra, para las conferencias religiosas, en las que tenían parte brahmanes, budistas, mahometanos y parsis, para averiguar la mejor fe mediante un examen comparativo. Con el tiempo Akbar fijó también la atención en los misioneros jesuitas, cuya labor en Bengala beneficiosa para el Estado le llenó de admiración (2). En el otoño de 1579 se presentó en Goa un mensajero de Akbar, que solicitó el envío de dos jesuitas, que explicasen a su señor la religión cristiana y le llevasen sus libros santos. Aunque se despertaron dudas sobre la sinceridad de las intenciones del poderoso monarca, se creyó sin embargo, que no se debía dejar pasar la ocasión propicia de procurar entrada al Evangelio también en el interior de la India. El provincial de los jesuitas eligió para este cometido, tan impor-

(1) V. Müllbaur, 107, 336.

(2) Para lo que sigue cf. Litt. ann., 1582, p. 111 s.; Sacchini, IV, 246 s., V, 98, 145 s.; Bártoli, L'Asia I, Roma, 1667, y Degli uomini e de'fatti della Comp. di Gesù, l. 4, c. 24; P. du Jarric, L'hist. des choses plus mémorables advenues tant des Indes Orient. qu'autres pays de la découverte des Portugais, I-III, Arras, 1611 (edición latina: Thesaur. rer. Indic., 4 tomos, Coloniae, 1615); Müllbaur, 133 s.; Gruber, Aquaviva, 80 s., 124 s., 167 s.; v. Noer y G. v. Buchwald, El emperador Akbar, 2 tomos, Leiden, 1880 y 1885; Noti, El principado de Sardhana, Friburgo, 1906, 55 s.; Dahlmann, Viajes indios, II, 172 s. El estudio del indólogo R. Garbe sobre el emperador Akbar (Tubinga, 1909) se apoya casi únicamente en la obra de Noer, cuyas explicaciones, por lo que toca a los jesuitas, son casi todas falsas e insostenibles; además de Gruber, loco cit., cf. también Voces de María-Laach, LXXVI, 468 s.; cf. ibid., XXXVII, 219 s. En la reciente monografía sobre Akbar, de Vicente A. Smith (Akbar the Great Mogul, Oxford, 1917), se tributa un grande elogio al valor de las relaciones de los jesuitas, especialmente al «Mongolicae legationis commentarius» del P. A. Montserrat, de 1582 (Memoirs of the Asiatic Society of Bengal, 1914, III; cf. Gött. Gel. Anz., 1919, 132).

tante como difícil, a tres Padres que le parecieron especialmente a propósito. El uno, Rodolfo Aquaviva, hijo del duque de Atri, y por su madre emparentado con San Luis Gonzaga, se señalaba por una afabilidad atractiva, por sus finos modales y sólidos conocimientos teológicos. Un excelente personaje era igualmente el segundo, el español Antonio Montserrat; sólo su salud dejaba mucho que desear. Agregóse aún a los dos en la persona del P. Francisco Enríquez un convertido mahometano, que hablaba el persa corrientemente.

El 17 de noviembre de 1579 los tres jesuitas con el enviado del gran mogol salieron de Goa, y el 17 de febrero de 1580 llegaron a la corte de Akbar, donde hallaron el mejor recibimiento, pero una situación extraordinariamente difícil para su verdadero intento. Pues el gran mogol se había ya formado una nueva religión propia y con esto pretendía también indudablemente el fin político de robustecer la firmeza de su grande imperio por medio de la unidad religiosa. En esto le ayudaba con ardor su primer ministro Abul Fazil. Los fundadores de la nueva «fe divina» (Dini Ilahi) intentaban mezclar en ésta sobre una base racionalista el indoísmo y el islam con los mejores y más puros elementos de otras religiones. Al principio esta nueva fe, cuya aceptación no se imponía por fuerza a nadie, sólo halló entrada en los cortesanos y funcionarios.

Así estaban las cosas, cuando Aquaviva y Enríquez (Montserrat había enfermado en el camino) se presentaron en la brillante corte del gran mogol. Por su deseo los dos Padres hubieron de tener al punto los coloquios religiosos con los sabios mahometanos, en los cuales Aquaviva (pues Montserrat continuaba enfermo) explicó a fondo y defendió brillantemente la fe cristiana, al paso que Enríquez servía de intérprete.

En las disputas Aquaviva hizo duras observaciones sobre Mahoma, tratándole de profeta falso y ajeno de toda santidad, por lo cual los secuaces del islam se irritaron de suerte, que los misioneros no tenían ya segura la vida. Su deseo del martirio habría llegado a cumplimiento, si el gran mogol no los hubiese protegido. Sin duda Akbar admiró la doctrina cristiana, pues permitió que Montserrat no sólo enseñase a su segundo hijo Pahasi el portugués, sino también le instruyese en el cristianismo.

Los misioneros hallaron eficaz apoyo en Abul Fazil, el cual

con entero conocimiento de las absurdidades del Alcorán, conjuró a su señor a que aceptase el cristianismo, el cual se recomendaba también aun por respetos políticos, porque era el único medio de establecer en el imperio *una sola* religión, como quiera que los indos jamás aceptarían la religión de sus opresores, los mahometanos. Ya esperaban los misioneros estar próximos al logro de sus intentos, pues Akbar mostraba el más alto aprecio de la doctrina cristiana; veneraba la imagen de la Virgen Santísima, que Aquaviva le había llevado en nombre del Papa, y llevaba al cuello un agnuscéi. Asimismo se discutió el plan de una embajada a Felipe II y a Gregorio XIII; pero la conversión del gran mogol, que en Roma esperaban con ansia, no tuvo efecto (1).

Aquaviva aguardaba con paciencia; en una relación a su provincial sostenía la opinión de que no se debía abandonar la esperanza de ganar el «corazón de la India», antes que se agotasen todos los medios de que se podía disponer. Pero Akbar permaneció irresoluto en su actitud. Aunque en el fondo era de índole religiosa, con todo su soberbia y su disolución moral formaban un obstáculo invencible para la aceptación de la verdad evangélica. Las numerosas mujeres de su harén y seguramente también respetos políticos impidieron que siguiera el impulso de la gracia. Cuentan que dijo el mismo Akbar, que el cristianismo era demasiado puro, y sus costumbres demasiado corrompidas. No obstante procuró retener a Aquaviva, cuando éste apoyado en el llamamiento de su provincial, pidió volver a Goa. Finalmente el gran mogol permitió su partida a cambio de que prometiesen venir otra vez. Quiso darle antes de que saliese presentes de oro y piedras preciosas, pero Aquaviva los rehusó, alegando su voto de pobreza. Como Akbar persistiese en concederle algún otro favor, Aquaviva solicitó la libertad de algunos esclavos cristianos. Con éstos, como la única conquista de una pesada misión de tres años, volvió Aquaviva a Goa, en mayo de 1583. Los superiores le mandaron ahora a la península de Salsete, donde le cupo en suerte la corona del martirio, ya antes tantas veces anhelada: en julio de 1583 fué asesinado por los indígenas con otros cuatro jesuítas y veinte

(1) Cf. la *relación de Odescalchi, fechada en Roma a 3 de febrero de 1582, *Archivo Gonzaga de Mantua*. En 18 de febrero de 1582 dirigió Gregorio XIII un breve a Akbar y le exhortó, ne animi motum a Deo profectum deliberationis tarditate prodat. Synopsis, 119.

cristianos. Como en las persecuciones de la primitiva Iglesia cristiana, también aquí la sangre de los mártires produjo abundantes frutos: ya en 1584 fueron bautizados cincuenta catecúmenos, entre ellos uno de los más calificados brahmanes (1).

Igual celo que la Compañía de Jesús en la China y el Japón, desplegaron ya desde 1565 algunos miembros de la sagrada Orden de San Agustín en las *Filipinas*, descubiertas en 1521 y cincuenta años más tarde tomadas en posesión por los españoles. Felipe II apoyó de todas maneras la propagación del cristianismo en este nuevo y valioso dominio; por su deseo los agustinos aumentaron en 1575 el número de sus misioneros con otros veinticuatro religiosos (2).

Después de pocos años a los agustinos se asociaron los franciscanos: en 1577 bajo la dirección del tan docto como enérgico Pedro de Alfaro llegaron a Manila diecisiete hijos de San Francisco. Fundaron allí la Custodia de San Felipe, nombre que Gregorio XIII, que tomó el mayor interés por esta empresa, cambió en 1578 en el de la Custodia de San Gregorio Magno (3).

Como bajo el gobierno de Pedro de Alfaro, que en 1579 se trasladó a la China, así también bajo el de sus sucesores Pablo de Jesús (1580-1583) y Juan de Plasencia (1583-1586), subió rápidamente a un gran florecimiento la obra de las misiones en las Filipinas. Por efecto de los nuevos operarios enviados de España, pudo extenderse cada vez más la predicación del Evangelio, de suerte que en nueve años se convirtieron al cristianismo 250000 indígenas. Estos hasta entonces dispersos en los montes fueron congregados en torno de las chozas de los misioneros, y con esto se formaron pueblos, en los cuales al punto se establecieron escuelas. Cuán cuidadosos eran los misioneros del bien corporal de los habitantes (4) mostráronlo con la erección de hospi-

(1) V. Müllbaur, 101; Gruber, Aquaviva, 227 s., 245 s., 286. Cf. también Suau, Les martyrs de Salsette, Brujas, 1893. Una *Relatione del martirio di 5 padri del Giesù fatto nell'Indie l'anno passato envió Odescalchi el 6 de octubre de 1584 desde Roma al duque de Mantua. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Groeteken, La misión de los franciscanos en las Filipinas, en las Hojas hist.-polít., CXLII, 587 s., y Neher en el Léxico eclesiástico de Friburgo, VI^o, 691.

(3) V. Groeteken, loco cit., y Pérez en el Arch. Ibero-Americano, I, 100 ss.

(4) Cf. P. Eusebio Gómez Platero, Catálogo biográf. de la provincia de S. Gregorio, Manila, 1880.